

EL PODER COMO GENEALOGÍA DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO

THE POWER AS GENEALOGY OF GENDER IDENTITY

Eva María Lucumí Moreno*

Annie Julieth Álvarez Maestre**

Claudia García Muñoz***

Recibido: Septiembre 5 de 2011 - Aceptado: Diciembre 20 de 2011

Resumen

El presente artículo comunica de los resultados del trabajo investigativo de las autoras para su maestría. El escrito hace una aproximación a los postulados sobre poder y sujeto en Michel Foucault y género, sexo y subjetividad en Judith Butler. Finalmente, los lectores encontrarán una propuesta de comprensión del proceso de subjetivación generizada desde la teoría de los dos autores post estructuralistas.

Palabras clave:

Sujeto; poder; género; subjetividad; genealogía; post-estructuralismo.

Abstract

This article presents the results of research work of the authors for the construction of their master thesis. The paper approaches the postulates about power and the subject in Michel Foucault's work and gender, sex and subjectivity de Judith Butler's. Finally, readers will find an attempt to understand the process of gendered subjectivity from the theory of these two poststructuralists authors.

Keywords:

Subject; power; gender; subjectivity; genealogy; post-structuralism.

* Psicóloga, candidata a magíster en Educación y desarrollo humano. Medellín-Colombia. E-mail: evaria29@hotmail.com

** Psicóloga, candidata a magíster en Educación y desarrollo humano. Medellín-Colombia. E-mail: annie_392@hotmail.com

*** Psicóloga, Magíster en educación y desarrollo humana CINDE - Universidad de Manizales. Candidata a Doctora en Ciencias Sociales CINDE - Universidad de Manizales. Directora línea de investigación en Socialización política y construcción de subjetividades. CINDE - Universidad de Manizales. Manizales-Colombia. E-mail: claudiamgm17@hotmail.com

Introducción

El presente artículo plantea, en toda su extensión, la visión teórica de Judith Butler expuesta en su paradigmático libro *El género en disputa* y los aportes de Foucault para la comprensión del término poder y la construcción del sujeto. En este sentido, en primer lugar, se encontrará una aproximación al filósofo Foucault para finalizar con un entramado de conclusiones alrededor del poder, cuerpo y género.

Para entrar en materia, es indispensable resaltar que los postulados actuales sobre género suponen que el proceso de construcción del género está cimentado en un sistema de poder cuyas simbolizaciones refuerzan constantemente la legitimación y naturalización de la identidad sexual heteronormativa. Dicho sistema está en la base de su génesis, pues son las estructuras y flujos del poder los que constituyen y posibilitan el sujeto del género. Comprender esta idea no es fácil en un mundo preparado para negarla. Por ello, es necesario plantear con mayor detalle y profundidad, los elementos de la teoría del poder, que se relacionan en forma directa con la comprensión de un proceso de subjetivación generizado, sustentado en el orden simbólico-cultural, tramitado y legitimado a través de los discursos legitimados.

Para introducir la reflexión sobre la subjetividad generizada mediada por el poder, es Foucault (1999a), quien ilumina estas discusiones cuando propone y problematiza el poder como configurador del sujeto, entendido éste como un modo de ser histórico, un modo de constituirse a sí mismos como sujetos autónomos.

La preocupación foucaultiana por el sujeto está atravesada por la pregunta referida al ser histórico: ¿Qué está ocurriendo en este preciso momento?, frente a lo cual, Foucault señala la necesidad de estar en permanente reactivación de una actitud, de un *ethos* filosófico que ponga en cuestión permanente dicho ser histórico. Como representante del postestructuralismo aporta con estos cuestionamientos una apertura para comprender genealógicamente el sistema sexo/género, desde una perspectiva histórica que muestre las condiciones de producción de dicho orden sustentado en un régimen de poder/saber hegemónico y patriarcal, instaurado con las estructuras de poder que rigen la normatividad replicada para mujeres y hombres, cuyas formas de organización y manifestaciones en el presente, siempre serán contingentes.

Foucault (1999c) como pensador próximo a los maestros de la sospecha, asumió la idea constante de problematizar incluso lo más evidente, con el objetivo de repensar las condiciones que construyen al individuo como sujeto.

Es cierto que mi actitud no deriva de esta forma de crítica, que, so pretexto de un examen metódico, recusaría todas las soluciones posibles, salvo una, que sería la buena. Es más bien del orden de la “problematización”, es

decir, de la elaboración de un dominio de hechos, de prácticas y de pensamientos que me parece que plantean problemas. (p. 356)

Es así como uno de los primeros aportes de este pensador postestructuralista, es su invitación principal al pensamiento crítico. Para el momento histórico y el modelo de conocimiento de los filósofos y pensadores de su época, muchos resultaban incómodos ante las nuevas relaciones que develaba Foucault, acostumbrados a contener los datos exactos y controlar variables para dar paso a las verdades absolutas. En el momento que los estructuralistas indagaban por la permanencia y estabilidad de las estructuras y procurar un significado y un orden a lo que consideraban la realidad establecida, Foucault inició una búsqueda profunda sobre los mecanismos de poder que operaban desde el orden hegemónico y desde todas las formas de relación humana. Para tal fin, se centró, finalmente, en los procesos de subjetivación y en cómo los mismos permitían la construcción de la subjetividad (Foucault, 1999b).

En contra de esta constante, Foucault se pregunta por el poder y su papel en la constitución de los sujetos; al igual que los postulados freudianos sobre sexualidad y placer, este planteamiento suscita controversia y con la facilidad puede banalizarse por no considerar su potencia e imbricación con otras formas de legitimación del orden cultural como *el saber*. Al respecto afirma:

Ya que si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran súper-ego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. [...] El poder, lejos de estorbar al saber, lo produce. (Foucault, 1975, p. 3)

Foucault no propuso una teoría del poder en el sentido estricto, si se entiende por teoría un corpus conceptual acompañado de una metodología explícita. Más bien, se trata de una serie de análisis, en gran parte históricos, acerca del funcionamiento del poder. A pesar de ello, es posible ofrecer una reconstrucción articulada de estos análisis. Ello constituye una aproximación a la filosofía analítica del poder, para utilizar una expresión propia del autor.

Ahora bien, aunque Foucault se autodenominaba nietzscheano y sus aproximaciones al concepto de poder se derivaron de la concepción de Nietzsche del hombre como “voluntad de poder”, se diferencian en la forma de sus planteamientos. Cuando alude a voluntad de poder, Nietzsche presenta a un hombre que se gobierna a sí mismo y que, al mismo tiempo, tiene la necesidad de ejercer y utilizar el poder; a cambio, desde la perspectiva foucaultiana “voluntad de poder debe interpretarse de un modo completamente distinto: el poder es lo que quiere en la voluntad. El poder es el elemento genético y diferencial en la voluntad. Por ello, la voluntad de poder es esencialmente creadora” (Deleuze, 1971. p. 121).

Desde este planteamiento, el poder está referido no solo a un sujeto que genera un poder sino a una serie de mecanismos intangibles (discursos) que sostienen dicho poder, que lo perpetúan y,

consecuente con esto, evidencian que no solo existen ejercicios de poder, pues de manera simultánea se dan respuestas de oposición y resistencia. En este sentido, la pregunta de Foucault no es “¿qué es el poder?”, sino “¿cómo funciona?”. En función de este interés, el fundamento principal de su análisis se orienta a producir una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano, atravesados por el poder, para hacer una propuesta de cómo se construye el sujeto (Foucault, 1983).

En palabras de Foucault (1980), no es pertinente plantear el poder en meros términos de legislación o constitución, pues de esta manera quedaría simplificado; es preciso denotar que el poder es más complicado, más espeso y difuso que el conjunto de leyes o aparato de Estado. El poder deja de ser unilateral y mucho menos estatal y se empieza a visibilizar como una relación de fuerzas, presente en cada fenómeno social. En suma, la cultura es producto de las relaciones de poder y cada una de sus expresiones es solo manifestación de su ejercicio.

Por ende, el poder no va de un sujeto sobre otro, no es opresivo, es interrelacionado, y se deriva de nuestra construcción por medio del conocimiento. El saber, explica Foucault, se erige en un sistema de orden y disciplinamiento que se convierte en una de las estrategias más efectivas de mantenimiento del poder desde la verdad, entendiéndose verdad como un sistema ordenado de procedimientos para la producción, regulación, distribución, circulación y operación de juicios y para la producción y mantenimiento del mismo poder.

El poder se sostiene en la medida en que los sujetos se movilizan dentro de él, la fuerza y el engaño a veces no son necesarios; el hecho de que el poder forme saberes, organice líneas de pensamiento, movilice al deseo, produzca beneficios para unos o para otros, que sea un proceso de disciplinamiento y no de represión, facilita que los actores sociales se definan dentro de una realidad que determina sus acciones y sea fortalecida con el discurso.

Así, teniendo en cuenta que todo en el sujeto se construye en el poder, un análisis de las relaciones implica un sistema de las diferenciaciones, que legitime el ejercicio del poder en unos sobre las acciones de otros, así como los tipos de objetivos impulsados por aquellos que actúan sobre las acciones de los demás, los medios para sostener las relaciones de poder, con sus formas de institucionalización y los grados de racionalización que sustenten dichas relaciones, reconociendo que el ejercicio de poder es una práctica que se mantiene o destruye, es elaborada, transformada, pero no se resume solo a las instituciones sino a todo el sistema de redes sociales (Foucault, 1983).

En este punto, vale la pena destacar, dentro del análisis foucaultiano, aquellos elementos referidos a las instituciones que el mismo autor denominó “*instituciones de secuestro*”. Estas son todas aquellas instituciones creadas o empleadas para construir y reproducir el poder, entre ellas, las escuelas, las fábricas, los hospitales y las cárceles. La arqueología foucaultiana muestra que los hallazgos

y descripciones de tales instituciones corresponden a ejercicios directos e indirectos de vigilancia, maniobras, calificaciones, rangos y lugares, clasificaciones, exámenes, registros, maneras de disciplinar los cuerpos, ejemplos de dominar las multiplicidades humanas y de manipular las fuerzas que se han desarrollado en el transcurso de los años (Foucault, 2002). Así, el autor identifica una de las marcadas condiciones para la construcción del sujeto: la disciplina. Esta condición inmersa y alterna a la presencia del poder, fue señalada por el filósofo como “estrategia de poder”.

La disciplina presupone un lugar jerarquizado, donde el que la ejerce es el que tiene mayor saber y capacidad de guiar y orientar a otro. Quien disciplina ejerce una presencia permanente pero su poder opera aún en su ausencia; es un juego donde se coacciona a quien se disciplina, aun sin su acuerdo. La disciplina como estrategia de poder funciona a través de diferentes medios, elementos, técnicas, situaciones, metas u otros. Por esta razón, la disciplina como estrategia de poder, sujeta a los individuos, los orienta, los define y los produce como sujetos y define sus conductas; todo esto con simples actos como la vigilancia constante, la sanción o los castigos y una mezcla de ambos que Foucault denominó el examen.

A pesar de la preponderancia del poder en la producción de subjetividad y en la configuración de las relaciones sociales, Foucault manifiesta que no existe un poder absoluto que determine esta producción, pues se encuentran diferentes ejemplos de relaciones que constatan otros mecanismos: relaciones de consenso, de mutualismo y de coacción son ejemplos de las formas de interacción de las distintas relaciones derivadas de prácticas sociales alternativas al poder.

Por otra parte, según Foucault, la forma pertinente para visibilizar “el poder”: extraer sus mínimas formas y analizar microscópicamente la consolidación de dichas relaciones. A esto el autor lo llamó “*microfísica del poder*”, que establece que una de las relaciones básicas es aquella que el poder genera con el cuerpo.

La visibilización del cuerpo como elemento sobre el que recae el poder va más allá de una simple intimidación o ejercicio de la fuerza para conseguir los objetivos que otro u otros desean; el cuerpo se convierte en el elemento que recae toda la intencionalidad de los aparatos de control que median entre lo externo y lo interno. En este orden de ideas, se trata entonces de un “cuerpo político” entendido como una materialidad sometida a dispositivos que sirven de sedimentaciones, pero también de relevos, de vías de comunicación y de puntos de apoyo a “las relaciones de poder y de saber que cercan los cuerpos humanos y los dominan haciendo de ellos unos objetos de saber” (Foucault, 2002, p.19).

Es pertinente agregar que Foucault plantea que el cuerpo y la identidad también son producto y están sujetos a los designios del poder en el que se encuentran inmersos. El cuerpo se convierte en

medio de alcance de bienestar para el sujeto y, desde allí, recurre a él para mantenerse ubicado dentro del círculo.

El cuerpo está también directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos; el cuerpo, en una buena parte, está imbuido de relaciones de poder y de dominación, como fuerza de producción (Foucault, 2002, p. 36).

Es aquí donde entra en juego un cuerpo cuya materialidad queda restringida a los mandatos del disciplinamiento a través de estrategias potentes de legitimación simbólico-discursiva que sustentan el sistema sexo/género, fundamento del orden cultural. La disciplina actúa como una estrategia de poder, a través de la cual se fija la ritualización del sexo/género y, por otro lado, la producción discursiva actúa porque legitima y naturaliza la apropiación de dicho modelo.

Esta genealogía del *Poder* en la constitución de la *Identidad de género*, se tramita a través de la relación disciplina/discurso. Dicha relación actúa como una estrategia eficaz del poder, que logra producir una subjetividad y una identidad con sexo/género. La ficción de un cuerpo sexuado y una subjetividad femenina o masculina, actúan como totalidad existencial para los individuos, para quienes “la naturaleza” no contiene otras posibilidades. Sin embargo, las líneas de fuga que persisten en este proceso de sujeción de los sujetos, dan paso a la emergencia de ritualizaciones alternas, configuraciones plurales, difusas, mutantes si se quiere, que dan cuenta de la fragilidad de tales dispositivos y de la posibilidad de reconfigurarlos.

En este punto, Foucault introduce el concepto de *resistencia*, asume el poder en términos de totalidad; sin embargo, su planteamiento va más allá de una mera concepción de la resistencia como oposición, como la propiedad que tiene todo cuerpo de reaccionar o de oponer una fuerza en sentido contrario y semejante a la acción de otro cuerpo; la resistencia va más allá y se debe entender como un proceso activo y creativo, cuya principal herramienta estaría en aquellas prácticas que permitan “desprenderse” de uno mismo, liberarse de la actual subjetividad, de cualquier identidad impuesta, para construir una nueva y diferente. Foucault (1999), afirma que donde hay poder, hay resistencia y esto se da dentro del mismo juego de relación, y no busca exteriorizarse de él, así en todas partes dentro de la red de poder existen visibilizados o no puntos de resistencia.

La resistencia, asumida como potencia presente en todo cuerpo, remite a la posibilidad de dicho cuerpo de expresar su fuerza, lo cual, para Foucault, no es otra cosa que el gobierno de sí. Así lo sentencia Foucault: “El poder sólo se ejerce sobre sujetos libres, y sólo en tanto ellos sean libres, cuando los factores determinantes saturan la totalidad, no hay relacionamientos de poder” (Foucault, 1983, p. 10). El poder no es totalmente efectivo y a él se oponen las luchas y la resistencia del sujeto, como prácticas de libertad, como formas de revolución o emancipación. En su misma expresión, dichas prácticas de libertad resultan necesarias para el ejercicio del poder y, por ende, para la genea-

logía del sujeto, ya que sin la posibilidad de resistencia, el poder se convertiría en una mera expresión coercitiva.

El pensador francés es influyente en nuevos modelos de pensamiento sobre la realidad de los seres humanos, desde la propuesta del devenir histórico en el que se desenvuelven y constituyen. Así es que Judith Butler, una de las pensadoras más destacadas en cuestiones de género y sexualidad, en sus análisis de los postulados foucaultianos, desarrolla aspectos clave para concebir los sujetos y sus cuerpos desde un sinnúmero de variables, así como interesantes formas de habitabilidad de los cuerpos en la singularidad creada entre lo que es la capacidad de acción del individuo y su formación y dependencia con respecto al poder.

La propuesta butleriana lleva a reinterpretar la concepción existente sobre el género y busca replantear la noción del sexo, ya no como esencialmente natural sino también como una construcción cultural posterior al mismo género. Su propuesta argumenta postulados críticos sobre la teoría feminista y sobre el concepto de género entendido como una construcción socio-histórica y el sexo, como lo dado biológicamente.

Butler (1999) basa sus reflexiones iniciales sobre la crítica del feminismo francés, por estar fundado en el reconocimiento de la diferencia sexual, a partir del heterosexismo dominante en el discurso hegemónico. La autora se pregunta por la diada sexo/género y para ello retoma varios referentes teóricos de autores como Levi Strauss, Foucault, Lacan, Kristeva y Wittig, entre otros. Desde dichos referentes, reflexiona sobre los elementos que están en relación con los procesos de construcción y deconstrucción del género y la subjetividad, los cuales no están por fuera de una comprensión sobre el poder y sus imbricaciones en estos procesos. Por tanto, en el presente artículo se busca mostrar las relaciones entre las concepciones generales sobre género desde Butler y los postulados generales sobre el Poder propuestos por Foucault, para intentar mostrar los elementos genealógicos de esta noción en la producción del género.

Para plantear la reflexión sobre el tema, es oportuno identificar algunas posiciones de autores que se han interesado en teorizar sobre el género, ampliando el marco de referencia al respecto. Entre ellos pueden mencionarse a Margaret Mead, quien sin señalar directamente el concepto de género, ya hacía referencia a él en su célebre ensayo en *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935). En este texto expone el ordenamiento entre hombres y mujeres y resalta su oposición al determinismo biológico, además de cuestionar la naturalización de las funciones ejercidas por hombres y mujeres.

El concepto de género también fue analizado en los años 60 por el psiquiatra Robert Stoller, quien en su libro *Sex and Gender* (1968), estudio las diferencias entre sexo y género en casos relacionados con transexuales para distinguir entre la identidad sexual y el sexo biológico (Fraisie, 2002) y

en su texto *Presentations of Gender* (1985) identifica el núcleo de género y se refiere a la reglamentación de atributos que están establecidos de forma coherente en la cultura.

Así mismo, Díaz y Guzmán (1992) plantean que el concepto de género se refiere “al conjunto de rasgos que diferencian a hombres y mujeres en una sociedad, adquiridos en el proceso de socialización. Es el modo de ser del hombre o de ser mujer en un espacio-tiempo y en una cultura determinados” (p. 23). Por otra parte, Caballero (1994) considera que vale la pena señalar que:

El papel del género es una construcción social y la diferencia sexual del hombre y la mujer responde al dominio de lo biológico, no pudiéndose establecer una perspectiva secuencial entre la evolución biológica y la cultura, evidenciándose más bien un fenómeno de retroalimentación permanente y circular que permite reconocer al ser humano como un animal cultural (p.55).

La reconocida psicoanalista y feminista mexicana Martha Lamas (1994) enfatiza que la categoría género se refiere a la simbolización que cada cultura elabora sobre la diferencia sexual; de allí se establecen normas y expectativas sociales sobre los roles y los atributos de las personas que corresponden a sus cuerpos. Además amplía sus apreciaciones y plantea que el concepto de género es parte de una construcción simbólica de las ciencias sociales, que visibiliza conductas objetivas y subjetivas de las personas otorgadas por los supuestos sociales de cada sexo.

En igual sentido, Monique Wittig, citada por Butler (1999) concibe el género como “El funcionamiento del ‘sexo’ y el ‘sexo’ es una orden para que el cuerpo se transforme en un signo cultural, se materialice obedeciendo a una contingencia históricamente establecida, y lo haga no una o dos veces, sino como un proyecto corporal permanente y repetido” (p.272).

Estas concepciones evidencian un acuerdo común en torno al reconocimiento del género a partir de la construcción y de la simbolización de la cultura. Sin embargo, Butler (1999) realiza un análisis crítico que desentraña las complejidades sujetas al concepto de género y afirma que:

[...] el género es una complejidad cuya totalidad se posterga de manera permanente, nunca aparece completa en una determinada coyuntura de tiempo. Así una coalición abierta creará identidades que alternadamente se instauren y se abandonen en función de los objetivos del momento; se tratará de un conjunto abierto que permita múltiples coincidencias y discrepancias sin obediencia a un telos normativo de definición cerrada (p. 70).

De acuerdo con esta postura, definir el género como un conjunto de atributos impuestos por las prácticas reguladoras de la norma, implica pensar esta categoría como un hacer de un sujeto que se puede considerar preexistente a la acción (Butler, 1999). Este argumento se convierte en el centro de la crítica de Butler, quien revisa de forma minuciosa los conceptos fundamentales que se inscriben en el movimiento feminista francés, descentrando y deconstruyendo sus premisas implícitas y explícitas del paradigma heterosexual dominante para transitar hacia la interpretación de otras realidades.

Para la autora, construir el sujeto del género, a partir de la cultura heteronormativa, refuerza la sentencia biológica y no permite pensar de otra manera al sujeto, pues dicha cultura obedece a normas sociales ligadas al deber ser, donde el sexo se equipara a una naturaleza biológica estática, inmodificable, que marca a los sujetos desde su concepción. Desde esta concepción, la afirmación “*la biología es destino*” se convierte en una sentencia que sirve como evidencia para argumentar que el género, al igual que el sexo, se rige por la normativa cultural que marca la ruta de asignaciones sociales que promueven identidades establecidas, relacionadas con la jerarquización, el control y el poder.

La autora se cuestiona cuál es el mecanismo de construcción de dichas identidades y plantea que así como se concibe el sexo como parte del determinismo esencial de la naturaleza, el género, como es un constructo social, se concibe como una elaboración cultural determinada socialmente, como ley inevitable. Butler analiza cómo se ha venido entendiendo el género en función de leyes. Para ella dicha concepción esencialista ubica lo cultural y no lo biológico como destino.

Según el planteamiento anterior, los cuerpos son receptores pasivos de una ley culturalmente inevitable, sus significados determinan las construcciones culturales que se asumen como parte del género. En ese proceso reflexivo, Butler (1999) critica la postura de Beauvoir (1949) en su libro *El segundo sexo* en el que la autora francesa propone la célebre frase “no se nace mujer, se llega a serlo”, afirma, además, que el género se construye a partir de la cultura y de un sexo preexistente. Butler complementa tal razonamiento y arguyen que la “obligación de ser mujer” no la crea el sexo sino que éste es una elaboración cultural, que termina siendo previa al mismo sexo.

En otras palabras, la constitución del ser mujer es determinada por factores históricamente establecidos en cada cultura y no por un factor natural asumido como sexo preexistente. Butler profundiza su crítica a Beauvoir para apuntar que si no se nace mujer sino que se construye, dicha constitución se lleva a cabo en función de algo ya preestablecido, un mandato social. Para Beauvoir el llegar a ser mujer se convierte en una elección; según Butler, cuando la cultura obliga a ser mujer, no hay otra opción, más bien se convierte en un mandato. El cuerpo es interpretado mediante significados culturales con esta premisa, sin embargo, el hecho de que el sexo pueda no cumplir los requisitos de una facticidad anatómica prediscursiva, le permite concluir que el “sexo por definición siempre ha sido género” (Butler, 1999, p.57).

En este sentido, Butler considera la deconstrucción del género como un proceso de subversión cultural. Plantea que las personas no pueden limitarse a ser construidos socialmente, más bien apunta a que deben construirse a sí mismas; es decir, el género no se puede ver como la cúspide de un proceso en el que las personas reciben pasivamente significados culturales. Los sujetos también poseen la posibilidad de innovarlo, de reelaborarlo. Butler plantea que se puede subvertir el género dado, no

como un acto caprichoso sino como un acto en el que la persona resignifica las normas socialmente otorgadas y recibidas desde antes de nacer, las reorganiza de nuevo para sí, se emancipa del “destino cultural”. Esta idea renovadora señala la importancia de replantear lo asimilado, a partir de una subjetividad emancipada.

De manera específica, la autora señala la necesidad de entender que la realidad de las mujeres está atravesada por el orden hegemónico que prescribe conductas, las cuales, a su vez, se naturalizan mediante mecanismos simbólicos y se apropian por la repetición, para terminar siendo generalizadas y dan paso a la construcción de un sujeto feminista, expresión de la unidad sexo/género. Con este planteamiento, Butler critica el postulado de la teoría del género, para la cual el género se construye culturalmente, sobreponiéndose a dos sexos biológicamente definidos como preexistentes, desde el dimorfismo anatómico.

Butler también afirma que la aparente unidad del sujeto generizado queda refutada por la diferenciación que permite que el género sea una interpretación múltiple del sexo y agrega a la discusión que si el género se limita a cumplir los significados culturales que adopta el cuerpo sexuado, no se puede explicar cómo un género puede distanciarse de la determinante sexual. Es decir, es arbitrario concluir en forma radical, que la diferencia entre sexo/género es el reflejo de una disparidad esencial entre cuerpos sexuados y géneros culturalmente contruidos, pues, antes bien, constituye la diada naturalizada que legitima una jerarquía sexual.

Los seres humanos se ven enfrentados a un hecho básico, que se presenta en todas las sociedades como lo es la diferencia corporal, especialmente la relativa a los genitales. Sin embargo, esta diferencia corporal de la materialidad de los cuerpos, es asimilada por la cultura como la diferencia sexual, que otorga significaciones simbólicas a dicha diferencia y la reduce a un sistema binario hombre/mujer, enmarcado en dos posibilidades legitimadas como normales por la cultura; es decir, un sistema que arroja solo dos opciones para ser sujeto de género en la cultura: masculino o femenino.

Por otra parte, la autora señala agudamente las limitaciones que se presentan en el orden del lenguaje, pues limitan la concepción y posibilidad de comprensión de otras realidades alternas; esto es, la inexistencia de un código o vocabulario común que supere el binarismo terminológico que está en relación con el género. De esta forma, encontramos que el concepto deja de ser controvertido cuando, dentro de los mismos estudios feministas o de género, se tiende a naturalizar la diferencia acuñada en comportamientos asociados con las diferencias anatómicas de los cuerpos.

El género es pues una simbolización de la diferencia sexual que delimita a la mujer y al hombre como sujetos complementarios con diferencias naturalizadas propias de cada sexo. Se entiende el género como una categoría cultural, como una construcción que agrupa los parámetros de lo que

socialmente se concibe como lo femenino y masculino. Butler constantemente se pregunta si ser femenina es un hecho “natural” o una “performance cultural”; es decir, si “la naturalidad” se construye a través de los actos repetitivos que provocan reacciones en el cuerpo.

Al respecto, Butler se apoya en los planteamientos hechos por Rubin (1986) en su texto *El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo*, en el que señala que la sexualidad normativa consolida el género normativo, afirma, además, que la práctica sexual tiene el poder de desestabilizar el género. Siguiendo estos planteamientos, Butler se cuestiona si una mujer, en la medida en que “funciona” como mujer, es el resultado de la estructura heterosexual dominante, lo cual se convierte en el primer cuestionamiento al concepto de género que en la actualidad está en disputa. Alrededor de dicho cuestionamiento, resultan otros intereses como entender el miedo a perder el lugar que se ocupa en el género, a no saber quién se es, al compararse con sujetos que viven su género de forma normativa.

Butler llega a la conclusión de que, a pesar de su aparente determinismo, la imposición heteronormativa sobre los cuerpos, no es totalmente eficaz y completa y antes bien, la necesidad de control y reiteración de su imposición evidencia la fragilidad de su eficacia, deja fugas en el proceso de subjetivación generizada que se convierten en alternativas que expresan matices de la realidad social a la que se enfrentan las personas con diferentes deseos o tendencias sexuales, en estrecha relación con formas y concepciones nuevas y divergentes de asumir el género.

De otra parte, es menester anotar la importancia crucial de los aportes que ha realizado el feminismo al concepto de género, pues es el feminismo, quien denuncia cómo el género moldea y fabrica una visión valorativa y jerarquizada de la vida a partir de los cuerpos sexuados, que otorga atribuciones diferenciadas a los cuerpos de las mujeres y de los hombres, a partir de las experiencias vividas en la sociedad. Esto significó la apertura de nuevos horizontes de comprensión de problemáticas sociales alrededor de las mujeres y los hombres como la inequidad, el sexismo, la homofobia y la vulnerabilidad institucionalizada por el sistema de poder patriarcal, que conlleva a que la sociedad descalifique las alternativas distintas de ser mujer u hombre, porque prevalece el poder hegemónico universal de la oposición binaria sexual.

A pesar de lo anterior, Butler plantea una fuerte crítica al feminismo de la diferencia, anota que el discurso feminista no debería naturalizar el género y más bien debería desnaturalizar los cuerpos sexuados y reinterpretar los deseos, para ir más allá de la binariedad mujer/hombre establecida por los sistemas de poder. Siguiendo esta reflexión, la autora señala que es imperativo indagar por la realidad presente, por sus manifestaciones en la actualidad y propone que las personas puedan construir sus propias versiones de género. Para ello, sugiere abrir una reflexión que lleve a un debate frente al género, a partir del cual se entre en disputa contra el esencialismo cultural.

Las anteriores reflexiones, arrojan una nueva concepción alrededor del género, el sexo y el papel de la cultura en estas formaciones, lo que implica una visión ontológica que provoca redefiniciones de posturas y nuevos cuestionamientos frente a lo que significa ser sujeto de género. Butler, quien a su vez se basa en Foucault y en su pregunta por “¿quiénes somos?” se interesa, así mismo, por lo que es ‘normal’ o ‘natural’, la identidad sexual vinculada a lo psíquico y la reflexión frente a la realidad del sujeto.

En este sentido, Butler aboga por la búsqueda de nuevas formas en el momento de abordar el género, sugiere asumir una postura postestructuralista que muestre alternativas de ser sujeto de sí mismo y no únicamente la oferta permitida por la cultura que se limita a la normatividad tradicional implantada por las estructuras de poder.

Estas otras formas que subvierten el orden binario generizado permiten reconocer otras expresiones del género como la transexualidad, la homosexualidad, el lesbianismo, etc., porque asegura que no implican otras identidades fijas, sino la libertad de estar en transformación permanente de sí mismos, sin obedecer al mandato del destino que les ordena seguir la identidad de género de las mujeres y los hombres como única categoría universal que naturaliza los procesos culturales y biológicos.

El debate actual frente al concepto género es precisamente si éste existe. Al respecto, cabe preguntarse si las personas, ¿tienen género?, ¿qué género? o ¿se trata de un atributo esencial de las personas? Según la autora, el género es el proceso mismo de significación de los cuerpos, resalta que todas las diferencias en los cuerpos son referidas al binarismo sexual, legitimado en el discurso social tradicional, desde la norma masculina y “falocéntrica”.

Promover la heterosexualidad normativa se convierte en una manera de consolidar solo una alternativa de ser parte del mundo objetivo, en el que es necesario que se promuevan tipificaciones colectivas compartidas o acordadas en consenso social para considerarse legitimadas. Desde esta normativa, el cuerpo se convierte en “un conjunto de límites individuales y sociales que permanecen y adquieren significado políticamente” (Butler, 1999, p. 99).

En suma, las propuestas de Butler reafirman que el sexo y la sexualidad no son naturales sino contruidos, critica las posturas esencialistas que proclaman que el sexo es inalterable y natural. Así mismo, las identidades de género, cualquiera que ellas sean, se producen en la matriz disciplina/discurso pero en esa misma matriz actúa la resistencia como reconfiguradora de los ordenamientos, en virtud de la condición irreductible de la libertad humana que cada vez creará otros mundos posibles para aquellos que, desde una microfísica del poder, se constituyen en libertad.

Referencias

- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Caballero De Aragón, N. (1995, abril). *Aportes del paradigma sistémico a las diferencias de género en el ciclo vital familiar*. Ponencia presentada en la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano, Cali, Colombia.
- Deleuze, G. (1971). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Dreyfus, H., & Rabinow, P. (1983). *Michel Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics*. Chicago: Chicago University Pres.
- Flórez, Z., & Guzmán M. (1997). *Mujer y Liderazgo Social*. Santafé de Bogotá: Instituto de Estudios Sociales Juan Pablo II.
- Foucault M. (1978). *La verdad y las formas jurídicas*. Rio de Janeiro: Editorial By Gedisa.
- (1980). *El ojo del poder* Entrevista con Michel Foucault (J. Varela & F. Álvarez-Uría, Trad.). En J. Bentham, *El Panóptico*. Barcelona: La Piqueta.
- (1975). *Pouvoir-corps, Quel Corps* (J. Varela & F. Álvarez-Uría, Trad.). En: M. Foucault, *Microfísica del poder* (2-5). Madrid; La Piqueta.
- (1999a). *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber* (Tomo 1). México: Siglo XXI.
- (1999b). La gubernamentalidad. En: *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales* (175-198, III). Barcelona: Paidós.
- (1999c). Polémica, política y problematizaciones. En *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales* (353-362, III). Barcelona: Paidós.
- (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Fraisse, G. (2002). *Le genre. Vocabulaire European des Philosophies*. París: Editions du Seuil.
- Gayle, R. (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo. *Revista Nueva Antropología*, VIII(030), 95-145.
- Lamas, M. (1994, septiembre). Cuerpo: diferencia social y género. *En debate feminista. Cuerpo y política*, 5(10), 10-29.
- (s. f.). *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género*. Recuperado de: <http://www.cholonautas.edu.p/modulo/upload/USOSCATEGORIAGÉNERO-MARTA%20LAMAS.pdf>